

¿Y si sustituyéramos la responsabilidad de los políticos por la de los partidos?

Qué sucedería si se hiciera ese cambio? Imaginemos una Empresa. Se ha celebrado una negociación de cualquier tipo: con clientes, proveedores, sindicatos, entidades financieras. Se ha llegado a un acuerdo. La persona que se ha comprometido es cesada por la Dirección. Cuando los interlocutores reclaman el cumplimiento de lo pactado, la Empresa dice que el profesional que negoció ya no trabaja allí por lo que no están obligados a respetar nada. ¿Cómo reaccionaríamos? Diríamos que nuestro trato fue con "la Empresa", no con el directivo a título personal. Sigamos imaginando. La Empresa continúa negándose a cumplir lo que alguien se comprometió en su nombre. ¿Seguiríamos confiando en esa Empresa? Seguramente no. La razón es sencilla: negociamos, compramos o vendemos, con "la organización" al margen de la persona que nos atiende. Y si no cumple, dejamos de confiar en ella. Esto, que es tan cotidiano y de sentido común, no sucede con los políticos y sus partidos. ¿Cuántos ministros de lo que hoy es Fomento se han comprometido a desdoblarse la vía Barcelona-Vic y a mejorar la que sigue a Puigcerdà? ¿Cuántos Presidentes de Gobierno y ministros han hecho promesas que decían mejorar la situación para los que vivimos en Cataluña? Seguramente todos. ¿Y los resultados? Todos sabemos el enorme déficit en todas las áreas: sanidad, cultura, infraestructuras, educación... Cuando no interesa cumplir, se cambia al ministro y vuelta a



❖ JOAN MANZANO

empezar. Pero hay algo importante, nosotros "pagamos por adelantado" con nuestro voto. Esta acción de votar a uno y no a otro partido, es un acto de confianza. Como lo es la compra de cualquier producto. En la mayoría de las ocasiones, pagamos por adelantado y aún no hemos disfrutado, usado, la compra. Es un acto de confianza en la marca, en la empresa. Los políticos hacen promesas pero éstas deberían seguir vigentes al margen de su posible cese. De acuerdo con esta posibilidad las ofertas electorales deberían ser "del partido" al margen de quien las proponga y la responsabilidad de cumplirlas también debería ser "del partido". Esto nos llevaría a extrapolar a situaciones muy delicadas. El príncipe Felipe dijo que "Cataluña sería lo que quisieran los catalanes". Es "la monarquía", quien debería comprometerse a defender lo que acuerda y pide el Parlamento catalán. Zapatero dijo que respetaría el Estatut. Es "todo" el partido socialista quien debería comprometerse a cumplirlo. No es el Rey o el Príncipe, es "la monarquía". No es Zapatero o sus ministros, es el PSOE. No

es Rajoy, es el PP. No es Mas, es CIU... No es Carod, es ERC. Y así, los demás. Invito a pensarlo y a mantener en la memoria a los partidos que no cumplen las promesas hechas por sus políticos a pesar de que han cobrado por adelantado mediante el voto recibido. ¿Se imaginan cuánto ganaríamos todos si los partidos se vieran obligados a cumplir lo que prometen sus líderes? ¿Se imaginan lo que ganaríamos todos si lo tuviéramos en cuenta a la hora de votar?

Funesta memoria

Moisés Funes, responsable de organización de Joves d'Esquerra Verda de Granollers, escribió en RdV sobre la ley de Memoria Histórica, y dice: "no debemos olvidar que un día en España la derecha se alzó contra una democracia, contra un gobierno legítimo, contra una República". Perfecto, no lo olvidemos. Pero "tampoco debemos olvidar que un día en España la izquierda se alzó contra una democracia, contra un gobierno legítimo, contra una República" (octubre de 1934). Tampoco debemos olvidar, que semanas antes de que la derecha en julio del 36 se alzara en armas —estrictamente no fue la derecha, pero demos por bueno pulpo como animal de compañía—, la izquierda en el poder había cometido varios asesinatos impunes que ya dejaban la ley republicana en entredicho, y que una vez iniciada la guerra, en algunos lugares como Cataluña, la República quedó suprimida de hecho al tomar el mando la Revolución anarquista y que, incluso posteriormente, y por medio de los agentes



❖ JUAN VIÑALLONGA MORÉ

soviéticos del P.S.U.C., esa Revolución también quedó aniquilada. Reconozco que es demasiado pedir que un joven —por definición víctima de la LOGSE—, conozca mínimamente nuestra historia reciente, pero si se atreve a escribir sobre ella, sí le es exigible que se informe, máxime si se trata de un dirigente político juvenil, salvo que se arriesgue a que se le califique de sectario.

De lo que sí parece estar bien informado es sobre esa Ley de Memoria histórica. Nos dice que este proyecto "contempla" —otra vez la LOGSE— la retirada de los símbolos franquistas de las calles, justificándolo en que "exaltan a uno solo de los bandos del conflicto". Si uno no entiende mal lo que escribe Funes, según esta ley se retirarán los símbolos franquistas, los de ERC —por ejemplo todas las calles que se llamen Lluís Companys, golpista antirrepublicano en el año 34—, los del PSOE y hasta los del PCE (estatuas de la Pasiónaria, por ejemplo). Me parece a mí que Funes, o se engaña o nos engaña.

IRRELEVANTE

Socavones

Este artículo no va del caos en Barcelona, pero lo que está ocurriendo las últimas semanas admite una curiosa metáfora:

La mayoría de seres humanos planificamos nuestra existencia como si fuese un trazado ferroviario. Los que tienen un proyecto de vida modelo AVE no sólo tienen claro dónde quieren llegar sino que están dispuestos a lograrlo como sea, aunque deban expropiar terrenos que pertenecen a otros para acortar su trayecto. Lo importante no es llegar, sino hacerlo cuanto antes, caiga quien caiga.

Los hay que se conforman con la simplicidad del tranvía y los que prefieren el lujo y la excepcionalidad de un transcantábrico. A algunos les atrae la oscuridad subterránea y laberíntica del Metro, y a otros el pundonor y la verticalidad de los trenes cremallera. Los indecisos optan por el trazado monótono e inofensivo del tren de la bruja y los adictos a la aventura vibran con el trajín y la excitación tipo Orient Express. Los grandilocuentes disfrutaban vidas de transiberiano y los minimalistas de Ibertrén. Los lanzados van a toda máquina y los pusilánimes acaban languideciendo en vías muertas.

A priori, la mayoría aspira a convertirse en tren de alta velocidad, aunque muchos no llegan a pasar de la medianía honrosa del Cercanías. Pero todos, sin excepción, acumulan a lo largo de sus trayectos una buena colección de socavones. Qué son el alma compungida, el amor despechado o el orgullo herido sino los socavones emocionales que adornan el trazado de nuestra existencia. Todos acumulamos hundimientos de todo tipo y tamaño. Algunos apenas nos inquietan; otros nos hacen descarrilar. Pero todos, todos sin excepción, son inoportunos.

Como los de las infraestructuras, los socavones emocionales no son simples agujeros. No son hoyos producto de un impacto directo sobre la superficie, ni tampoco baches a causa del desgaste o la erosión. El socavón es traicionero e imprevisto, sibilino y agresivo. Algo (o alguien) draga en nuestro interior, orada el espíritu, perfora la conciencia, mina el amor propio, produce una oquedad subterránea que nos deja en falso. Ese vacío interno, a menudo desconocido, será la causa de nuestro hundimiento. Lo malo es que contra este tipo de socavones no hay manera de reclamar a nadie una dimisión que alivie las secuelas del cataclismo.



❖ JONATHAN GELABERT